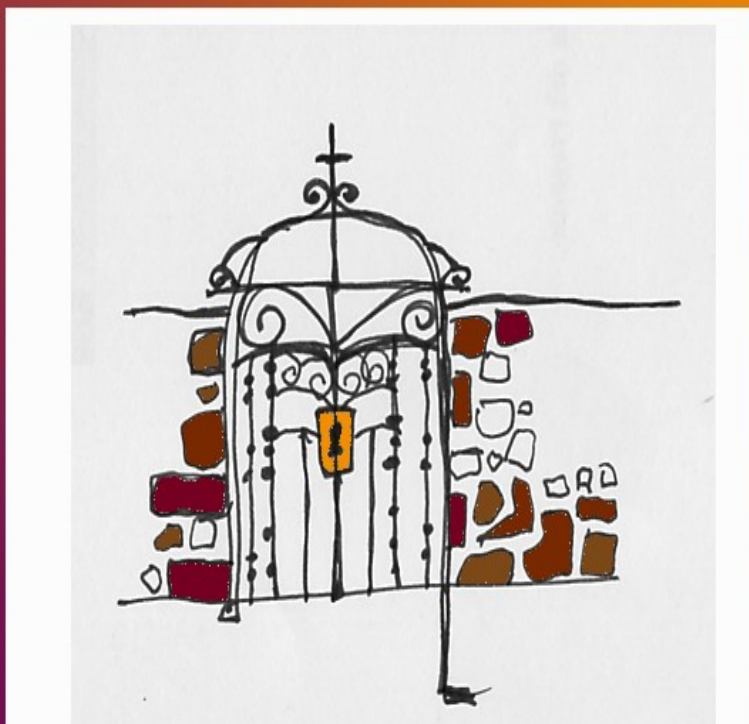


Relatos para leer, hablar y encontrarse

2

LA TUMBA DEL



REY BALTASAR

Dolores Soler-Espiauba



www.segundaslenguaseinmigracion.es

Relatos para leer, hablar y encontrarse, nº2

La tumba del rey Baltasar

ISSN: 1989-1946.

© Dolores Soler-Espiauba

© Diseño Gráfico: Carmen Rosa Redondo.



Profesora de E/LE en Varsovia (Universidad) y en el Consejo de Ministros la UE en Bruselas durante 20 años, actualmente Formadora de Profesores de E/LE, colaboradora del Máster de la UNED, del Instituto Cervantes y del Cervantes Virtual, de Didactired, de la Consejería de Educación en Bruselas, de la UNIA y de otras universidades españolas y extranjeras. Miembro de ASELE desde su fundación, creadora de material didáctico en varias editoriales españolas y extranjeras, participación activa en numerosos congresos, seminarios y revistas especializadas.

Autora de varias obras literarias (novelas y relatos) y ganadora de premios literarios como el Azorín, el café Gijón, el Andalucía, el Gabriel Miró, el Felipe Trigo y otros

dol.soler@skynet.be

Este relato obtuvo el Premio Gabriel Miró convocado por la CAM en junio de 2008.

Su publicación en www.segundaslenguaseinmigracion.es ha sido posible por cortesía de la Caja de Ahorros del Mediterráneo (CAM)



Debió ser allá por los últimos años del franquismo, cuando ya todos los jóvenes se habían marchado, a Barcelona los primeros y a Alemania los últimos y cuando solamente se volvían a oír las risas de los niños por la Virgen de Agosto, fue por entonces cuando al alcalde se le ocurrió la genial idea de construir un Nuevo Cementerio, porque en el pueblo no quedaban más que viejos decrepitos que se iban a morir de un momento a otro, decía él, y el vetusto



cementerio municipal estaba ya tan repleto y tan sin posibilidad de ampliación, encajonado entre los contrafuertes de la sierra y las tapias de la iglesia, que no daba para más. Los del pleno municipal (que no eran más que cuatro, y tan viejos como él) le pusieron mala cara:

- ¿Y qué vamos a hacer nosotros allí solos, y tan lejos?

Pero acabó ganando, como siempre, porque además, los terrenos eran de su hermano, una tierra baldía que no producía nada, y así, al expropiarlos, todo quedaba en casa.

- Pues alguno tendrá que ser el primero, que igual me toca a mí, mira tú. Y los



demás ya irán llegando a hacernos compañía.

Y mandó allanar el terreno, y hacer caminos paralelos, y vallar la parcela con una tapia de ladrillo. Pero el primero no fue él, sino Saturnina, que se había quedado viuda diez años antes y dejó escrito en un papel que quería que la enterraran junto a su Olegario, en el Cementerio Viejo, bajo el tercer ciprés de la vereda.

- Mira tú, comentó el alcalde. Las palizas que le habrá dado cuando volvía borracho y ahora quiere que la entierren a su vera.



- A las mujeres no hay quien las entienda, respondió el primer concejal. Pero poco después le tocó a él, cuando ya habían acabado de pintar la verja del Cementerio Nuevo de un negro brillante que llenaba de orgullo al alcalde. Y fue su hija mayor, que trabajaba de camarera en Wiesbaden, la que se negó en redondo:

- ¿Dejar a mi padre ahí solico y marcharme otra vez a Alemania? ¡Ni loca! En el Cementerio Viejo estará al calor de su familia y de sus vecinos.

- Los muertos deben estar juntos, como los vivos, corroboró Martina, que tenía un huerto sembrado de flores y todos los



sábados iba dejando ramos por las tumbas del viejo cementerio.

Pero mira por dónde, ella fue la siguiente, se la llevó un cáncer en seis meses y los vecinos que quedaban, cotizaron para ponerle un bonito ramo de flores de plástico encima de la lápida, junto a su foto, en recuerdo de todos los que ella había llevado.

El alcalde decidió plantar algunos árboles en el Cementerio Nuevo, para animar a los pocos futuros difuntos que iban quedando: algunos cipreses, unos cuantos pinos y varias encinas. Instaló también una canalización y grifos, para poder lavar las tumbas, dijo.



- Está quedando que da gusto verlo, comentó aquel domingo en la taberna.

El tabernero, que era tan viejo como él, le respondió:

- Gusto te dará a ti, un cementerio no le da gusto a nadie, nos ha jodido.

- Pues puestos a que te entierren, más vale que sea en un cementerio nuevo y con todo el confort, digo yo.

Y aquel otoño le tocó a él, el alcalde. Se cayó del tejado de su casa cuando estaba reparándolo para las primeras lluvias, y se rompió el espinazo. Vino una ambulancia y se lo llevó a la UCI, y cuando Justo, el tabernero, fue a verlo



en el cuarto de hora de visita permitida, le suplicó, entre tubos y catéteres: "Justo, díles que no me lleven al Cementerio Nuevo. Me da miedo".

Y se respetó su voluntad.

El cura que lo enterró dijo que la razón de todo aquel rechazo era lo de la Comunión de los Santos, aunque nadie comprendió muy bien qué quería decir con eso. No insistieron, pero a partir de ese momento se quedaron tranquilos. Nadie quería ser el primer muerto, nadie quería que uno de los suyos fuera el primer muerto. Y empezó a crecer la maleza por las veredas paralelas, y la verja pintada de negro comenzó a oxidarse, y los gatos y los la-



gartos se habituaron a dormir la siesta bajos los cipreses y las encinas.

Y pasaron los años.

Los que estaban lejos seguían viniendo por la Virgen de Agosto, abrían las ventanas y baldeaban los suelos, los niños jugaban en el adoquinado irregular de las callejas y se gritaban en alemán y en francés, los hombres sacaban en procesión a la Virgen y las mujeres iban detrás, engalanadas. Luego se montaba la verbena en la plaza, con una banda de jóvenes músicos que no sabía tocar pasodobles. Daba igual, porque los viejos ya no estaban allí para lamentarlo. Bailaban y reían, comían churros y bebían cerveza helada, y



antes de volverse a sus países pasaban un rato en el Cementerio Viejo. Se sentaban en las lápidas cuarteadas y contemplaban los nombres borrosos. Y las fechas.

- Esto está cada vez peor, comentaban. No hay una tumba sana.

Pero ya no se moría nadie en el pueblo, o sea que daba lo mismo. Tampoco nacía nadie ya. A finales de agosto se volvían a sus vidas, a Estrasburgo, a Wiesbaden, a Badalona. Y así pasaban los años.



* * * * *

- Está abierto, dijo Paul.

- Pues entramos. Dijo Émile.

La verja crujió un poco y los dos miraron a su alrededor, temblando.

- ¿Y si nos pillan?

- Qué nos van a pillar. Es un cementerio.

- Pero no hay tumbas...

- Igual están más lejos, allá, donde los árboles... O a lo mejor aquí entierran a la gente sin losa encima, vete a saber.

- ¡Paul! ¿Qué es eso que se mueve?



- No seas cagón, es un gato ¿no lo ves?
Venga, entra ya.

Y buscaron un rincón abrigado, y desplegaron una estera encima de la maleza, y pusieron un pagne para protegerlos sobre las ramas más bajas de un pino. Y sacaron el infiernillo y prepararon té. Cerraron cuidadosamente la verja, que volvió a chirriar. Desde que habían llegado a ese país, durmieron por primera vez tranquilos a la luz de las estrellas.

Y fueron llegando los demás. Venían de Mali, de Nigeria, de Senegal... con chapas y con ramas construyeron cabañas, se trajeron de los mercadillos colchonetas y



cacharros, lavaron y tendieron sobre las zarzas sus ropas multicolores. Soñaron.

Cada mañana, al alba, la furgoneta del capataz venía a recogerlos y los dejaba en las plantaciones de pimientos, de alcachofas, de lechugas y de brécol. Al caer la noche los volvía a depositar allí. La verja del Cementerio Nuevo seguía chirriando cada vez que entraban o salían. Pero nadie les preguntaba nada. Era su casa.

Llegó el invierno y se pusieron a recoger la aceituna. Eran bonitas las hojas de los olivos en la media luz del alba. Nunca habían visto árboles así, como de plata. Los árboles de las calles de la ciu-



dad también se habían cubierto de miles de pequeñas luces blancas. Era diciembre.

Un día llegó un coche al olivar. Dos muchachos con vaqueros se dirigieron a Paul:

- Buscamos un Rey Mago para la cabalgata ¿Podemos hacerte una foto?

Paul no comprendía nada. Su español era tan elemental... Entonces ellos sacaron un álbum y le enseñaron fotos de la última Navidad:

- Nos manda el Ayuntamiento. Mira: Melchor, Gaspar y Baltasar. Conoces a Los Reyes Magos ¿no? ...Y el dedo se posó en la sonrisa blanca de un africano con tur-



bante, vestido de terciopelo rojo y falso armiño.

- Necesitamos otro Baltasar, ¿comprendes? Este desapareció. Lost! Missing! ... Parti! Compris? Como no tenía papeles..

- Yo, yo...

- No, si lo de los papeles es lo de menos... Lo que importa es que te necesitamos ya. Mucha prisa ¿comprendes? El 5 de enero, o sea, la semana que viene. ¡Y son 50 euros, tío! ¿qué te parece, 50 euros por pasearte unas horitas en carroza? No te lo crees ni tú ¿a que no?

Paul abre unos grandes ojos interrogadores y mira la foto. Sus compañeros han



dejado de trabajar y les hacen corro. Émile comprende mejor el español y le aconseja riendo:

- Diles que sí, Paul, es sólo para una fiesta. Luego le mandas la foto a tu chico allá en la aldea, igual se cree que a su padre lo han hecho rey de España.

Y todos se ríen, Paul también.



* * * * *

Se ha tenido que dar una ducha en el Ayuntamiento. Era agradable sentir el agua caliente correr por los músculos cansados del trabajo del día, cerrar los ojos y sentir los párpados lavados de tanto sol, de tanto polvo, de tanto miedo a la policía. Era agradable secarse con un gran toallón oliendo a limpio. Era agradable meterse por la cabeza la túnica de raso rojo, el jubón de terciopelo, el manto bordado con pedrería. Los pantalones le quedan un poco cortos, pero no se verán. Los pies se han enfundado en las babuchas. Son bonitas.

Se mira al espejo. Sonríe:



- Soy el Rey Baltasar.

Y sale.

Nunca pensó que habría tantos niños en las calles. Le habían dicho que los españoles ya no hacían niños, que estaban demasiado ocupados con ganar dinero. Pero allí... niños rubios de pelo rizado, niñas morenas con cola de caballo, bebés con su chupete y bufanda, niños de la mano de la abuela, niños en los brazos de los padres, niños hasta en las ramas de los árboles:

- ¡Baltasar, Baltasar! ¡Estoy aquí, Baltasar! ¡Baltasar, mi bicicleta! ¡Baltasar, mi play station! ¡Mírame, Bal-



tasar! Y los padres los aupaban y las manitas se tendían, y los brazos le rodeaban, y los niños le sonreían.

A Paul se le llenaron los ojos de lágrimas. Hacía tanto tiempo que no lo besaba nadie, que nadie lo quería... Y vaciaba el saco de caramelos a puñados, pensando en que uno solo de aquellos dulces habría hecho feliz a Kobi. Kobi, dentro de poco tres años... Kobi, que nunca había visto a un Rey Mago.

Le habían dicho que sonriera y que mandara besos con las manos. Paul intentaba concentrarse y no pensar tanto en Kobi: caramelos, besos, sonrisas... besos, sonrisas, caramelos.



50 euros en un sobre y un "hasta el año que viene", del concejal de festejos. Ah, y la foto.

El manto, el jubón, las babuchas y el turbante: ahora un sedoso montón en el suelo.

Fuera, la luna en el olivar y a lo lejos la ciudad que espera a los verdaderos reyes (dicen que los reyes son los padres, Kobi) Un niño durmiendo con los ojos abiertos detrás de cada ventana. Agua para los camellos y turrón para Melchor, que es el más goloso. Ojo que no te dejen carbón.



Palpa el bolsillo derecho del chándal: La fotografía y el billete. ¿Cuánto tiempo tardarán en llegar a Nigeria?. El autobús lo ha dejado en la encrucijada que va a la sierra, a tres kilómetros de su cementerio-hogar. Los compañeros deben dormir largo rato ya. Camina en el silencio de las estrellas: ¡Mírame, Baltasar! ¡Estoy aquí, Baltasar! Es bonito Baltasar, piensa. El día en que Aminata conciba un nuevo hijo se llamará Baltasar. Para entonces ya estarán los cuatro aquí. Papeles y casa. Y Kobi verá desfilar a su padre-rey en la cabalgata.

El silencio de las estrellas es tan intenso que no ha oído los pasos. Ni el



golpe del bate, ni los insultos, ni las risas. Ni la carrera final hacia la moto.

* * * * *

La verja volvió a chirriar como de costumbre, pero no se notó con los golpes de la pala abriendo el hueco. Previamente habían "limpiado" el lugar del chabolismo que lo estaba invadiendo.

- No respetan nada, ni siquiera un cementerio.

- Es una invasión.



El cura había preguntado a sus compañeros:

- ¿Era musulmán o cristiano?

Y ellos, con toda la tristeza del mundo en la mirada, se habían encogido de hombros.

Alguien había plantado una cruz en lo alto del cementerio y había desbrozado los senderos, podado los árboles. Una chica de una ONG había traído flores.

- Ya tenemos el primer muerto. Ya pueden venir los otros. Afirmó alguien.

Recogieron sus infiernillos, sus esteras, sus cacharros y sus ropas variopintas, y se marcharon, lentos, bajo la mirada de



periodistas y curiosos. Alguien les propuso transporte en su furgoneta. El dueño del olivar les gritó:

- ¡Os esperamos mañana!

La verja volvió a chirriar. El cura le dijo a Herminia, la nuera de Saturnina:

-Tendrás que ponerle aceite al candao, y que no se te pierda la llave.

- Descuide, señor cura, que aquí no va a entrar nadie. ¡Hasta el próximo entierro!

www.segundaslenguaseinmigracion.es

www.segundidiaguagesandimigracion.com



www.segundidiaguagesandimigracion.com

www.segundaslenguaseinmigracion.es

Las propuestas de publicación pueden remitirse a:
maiteifelix@segundaslenguaseinmigracion.es